

tarse con los despojos que dejaron abandonados en el siglo el día memorable de su profesión religiosa. Así se confiesan y comulgan y oran las almas tibias, sin parar mientes en cómo lo han hecho, ni en el fruto ó resultado que han obtenido. Así es que las oraciones de estas almas suben, cuando suben, al cielo envueltas en nube de pecados veniales, y los ángeles se tapan el rostro para no ser testigos de tales confesiones y comuniones (1).

2.^a ¿Qué linaje de esperanza pueden concebir las almas que así se portan con Dios?... Si la oración, si los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía—que son los medios más eficaces y las fuentes ordinarias de gracia y de salud eterna—no reaniman ni vigorizan su espíritu para luchar ventajosamente con las pasiones y progresar en la virtud y perfección, ¿á qué otro recurso, á qué otro medio podrán apelar que logre aliviarlas el peso de la cruz que forzosamente todos hemos de llevar? (2). ¡Qué estado tan lamentable el de estas almas desdichadas!... Con nombre y hábito de religiosas han emprendido un camino peligrosísimo, del cual dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios *que á muchos parece camino real, derecho y seguro, y no obstante, conduce á la perdición* (3). Tal es el camino de la tibieza. Y ved aquí uno de los resultados más funestos á que conduce esta enfermedad espiritual, y consiste en creer que andan por el camino recto de los consejos evangélicos. Cometan sin escrúpulo el pecado venial; no quieren enmendarse de sus faltas voluntarias; renuncian á *practicar en sus cuerpos la mortificación de Cristo*, como aconseja el Apóstol (4); viven en continua turbación y desasosiego, y teniendo tantos motivos para temer y temblar, se creen, no obstante, seguras. ¡Ah! San Pablo,

(1) P. Faber. Tibieza.
(2) Matth., X, 38; Luc., IX, 23.

(3) Prov., XIV, 12.
(4) II. Corinth., IV, 10.

aquel hombre extraordinario á quien *fueron revelados secretos del cielo* (1); San Pablo, que sólo vivía en Jesucristo y por Jesucristo (2); aquel *vaso escogido* (3) á quien nada *reprendía la conciencia* (4), no sabía, sin embargo, si era digno de amor ó de odio en la presencia de Dios (5), no sabía si aun conservaba en su corazón el invisible tesoro de la caridad (6), y por ello nos dice en una de sus cartas *que trabajemos con temor y temblor en la obra de nuestra santificación* (7). David, aquel Rey penitente que cifraba sus mayores delicias en la meditación asidua de la Ley divina (8), y á quien el Espíritu Santo llama *Rey según el corazón de Dios* (9); David teme no conocer bastante la gravedad de sus faltas y cree ver en su conciencia abismos insondables de iniquidad, y derramando abundantes lágrimas en la presencia de Dios, suplícale que le ayude á purificarse de sus ocultas infidelidades dándose las á conocer (10). Las almas justas y fervorosas, como saben que á pesar de su cuidado y solicitud en evitar las faltas leves voluntarias no pueden asegurar que están en gracia y amistad de Dios (11), desconfiando de sí mismas, ponen toda su confianza en el Señor, *que salva á los que en Él esperan* (12). Pero los tibios, como no se conocen, como no se comparan con los más observantes y fervorosos, sino con los que son tan tibios ó más que ellos; como no cometen faltas graves, creen estar en paz con Dios, y suelen decir con la falsa confianza del fariseo del Evangelio, *que no tienen las faltas de muchos* (13). De aquí procede que, sirviendo á Dios

(1) II. Corinth., XII, 4.
(2) Philipp., I, 21.
(3) Act., IX, 15.
(4) I. Corinth., IV, 4.
(5) Ecclesiast., IX, 1.
(6) Sapient., VII, 14; Philipp., III, 12.
(7) Philipp., II, 12.
(8) Psal. XVIII, 15; Psal. CXVIII, 16-92.

(9) I. Reg., XIII, 14.
(10) Psal. XVIII, 13.
(11) II. Paral., VI, 36; Ecclesiast., VII, 21; III. Reg., VIII, 46; I. Joann., I, 8.
(12) II. Reg., XXII, 31; Psal. XVI, 7; Psal. XXXVI, 40.
(13) Luc., XVIII, 11.

muy tibiamente, osan juzgar á los demás (1), lo cual reprende el Apóstol (2), y viven tranquilos y muy pagados de su virtud, como si cumplieran toda justicia (3).

3.^a ¿Cómo ha de ser grata á Dios una vida como esta de relajación y de hipocresía? ¿Cómo no ha de contristar su amorosísimo Corazón el desprecio de sus gracias y beneficios? ¿Cómo no ha de aborrecer y detestar este modo de proceder, contrario á las promesas, á los votos y juramentos pronunciados en el santo Bautismo y ratificados en el acto solemne de la profesión religiosa?... No, no puede ni quiere sufrir Dios esta conducta. ¿Sabéis de dónde infiero el indecible aborrecimiento con que Dios mira la tibieza? De las palabras que pone en boca del Evangelista San Juan: *Sé por tus obras—dice hablando con un alma tibia—sé por tus obras que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío ó caliente, mas porque eres tibio comenzaré á vomitarte de mi boca* (4). No hay en toda la Sagrada Escritura pasaje semejante á éste, en el cual vemos que, no solamente Dios prefiere á lo tibio lo frío, sino que la tibieza excita náuseas al que es Amor eterno; la caridad del Corazón de Jesús, nuestro único refugio, no puede hospedar en él al tibio, porque le da asco. Así lo dice Dios, y cierto que si Él no lo dijera, jamás habríamos osado poner en sus labios frase tan tremenda y tan extraña (5). Y no os maravilléis, pues, como dice el Espíritu Santo, el estado de tibieza es en cierto modo peor que el del pecado. Fuera mejor para estas almas haber caído en alguna culpa grave y grosera, porque sin duda no habrían podido sufrir largo tiempo los remordimientos de la conciencia, pues conociendo que habían muerto á los ojos de Dios (6), la enormidad de la culpa y el temor del infierno las habrían obligado á entrar

(1) Matth., VII, 1.

(2) I. Corinth., IV, 5; Jacob., II, 4.

(3) Ezech., XXXIII, 3.

(4) Apocal., III, 15.

(5) P. Faber, Progreso del alma.

(6) Jacob., I, 15.

en sí mismas, á humillarse y arrepentirse y enmendar la vida. Ya no extraño que los maestros de la vida espiritual enseñen que es más difícil salir del estado de tibieza que del vicio y de la maldad; y entre otros, Casiano afirma haber conocido gran número de pecadores que después de su conversión habían llegado á ser hombres fervorosos y espirituales, pero que no había visto jamás la misma mudanza en los tibios (1).

Mas para evitar equivocaciones de transcendencia, debo advertiros que una cosa es la tibieza y otra la sequedad ó aridez espiritual. Cierto que, tanto en la sequedad como en la tibieza, se pierde todo afecto sensible, todo sentimiento y sabor de las cosas espirituales; pero ambas producen efectos tan contrarios, que no se las puede confundir. En la sequedad, si bien cesa la sensibilidad de los afectos, mas no falta la voluntad de quien la padece, antes es más diligente que nunca en el cumplimiento de sus deberes; mientras que en la tibieza, juntamente con el afecto, falta también la voluntad, que es negligente y descuidada en los ejercicios del espíritu y de las virtudes (2). La sequedad no es culpable, ya que procede de Dios, el cual suele permitir que el alma padezca esta tribulación, unas veces para purificarla de sus pecados, desasirla de los consuelos sensibles y perfeccionarla en su amor, y otras para conservarla en humildad y que no fíe de sus solas fuerzas, sino que ponga toda su esperanza en Dios (3). Pero la tibieza siempre es culpable y anda envuelta en infinita multitud de imperfecciones y de pecados leves. Además, el alma que se halla en estado de sequedad ó aridez espiritual no abandona ni siquiera disminuye sus acostumbradas meditaciones y ejercicios de piedad; no se deja vencer de las distracciones, sino que vela sobre sus pensamientos para enderezarlos á Dios, y si no puede ejercitar sensible-

(1) Collat. 4, cap. 9; Hebræ., VI, 4-6.

(2) Scaramelli, tom. 1.^o, cap. 7.

(3) Psal. CXX, 1-2.

mente sus afectos con el corazón, los ejercita con la voluntad que tiene estrechamente unida con su Criador. Por el contrario, el alma que vive en la tibieza, como no halla gusto en sus oraciones, ó las deja, ó las acorta; condesciende con las distracciones y aun las suscita y fomenta, y está delante de Dios no menos dura de corazón que de voluntad. En una palabra, el alma fervorosa, sumida en aridez de espíritu, vive en un estado violento sin culpa suya, mientras que el alma tibia permanece culpablemente en un estado lamentabilísimo, pero muy de su agrado, y esta es su mayor desdicha.

Remedio. Y ¿habrá remedios que puedan aplicarse á enfermedad tan maligna?... Difícil es ciertamente de curar, tan difícil, que San Bernardo la tiene, al parecer, por incurable de todo punto. No obstante, aunque la tibieza es de suyo enfermedad muy rebelde, según el unánime parecer de los Santos—porque realmente con suma dificultad alcanzará gracia bastante para bien guardar los preceptos quien tenga en poco los consejos, en sentir del Doctor Angélico (1),— existe por la bondad divina una medicina eficazísima que cura radicalmente todas las dolencias del alma, si ésta se halla bien dispuesta, y consiste en la práctica de los santos «Ejercicios espirituales». Porque el engaño más lamentable del que vive en la tibieza estriba en que se cree seguro, en que piensa que todo va bien, en que no sospecha siquiera su estado, y por decirlo en una palabra, consiste en que no se conoce. De otra suerte, ¿cómo podríamos pensar que quisiese proseguir un camino cuyo término, como queda dicho, es la perdición eterna? (2). ¿Por ventura el tibio quiere condenarse? De ninguna manera. Por tanto, el conocimiento propio le es indispensable para salir de su error, pues nadie puede aborrecer lo que no cree que es malo, ni puede amar un objeto

(1) Quodlib. 4, art. 26.

(2) Prov., XIV, 12.

si antes no conoce su bondad. Y ¿cómo conocerá el que vive en la tibieza los defectos, las transgresiones, las faltas y omisiones que tan conformes son á su naturaleza corrompida, si no medita?... Debe, pues, meditar. Y así, recogida el alma en la apacible soledad del retiro, con la antorcha de las justicias de Dios en la mano (1), sondeará las profundidades de su conciencia; escudriñará las oprobiosas huellas marcadas en todo su sér durante el tiempo de su tibieza; llorará amargamente sus culpas é infidelidades, y puestos los ojos en Dios que la perdona (2) y la espera con ansias de enamorado, volará á sus brazos amorosísimos para enfervorizar su espíritu y escuchar de sus labios palabras de vida eterna (3) que la alumbren (4) y la instruyan (5) y la alienten y la santifiquen y la salven. Así acontecerá, hermanas mías, porque Dios es manso de corazón (6), y ha prometido *no apagar la mecha humeante, ni romper la caña resquebrajada* (7), y *abrir á quien llame á las puertas de su amantísimo Corazón* (8), y *salir al encuentro del alma* que de veras lo busque (9), y para ello ofrece ancho campo y recursos inagotables la práctica fervorosa de los santos Ejercicios. Veis aquí el único remedio—comúnmente hablando,—la única tabla de salvación para la religiosa que vive en la tibieza, si no quiere estrellarse al pie mismo del faro que la había de alumbrar.

¡Ah! Pensemos con frecuencia, hermanas mías, que para conservar la piedad en nuestras almas no hay medio más seguro que la fidelidad en el divino servicio; que si aflojamos en la virtud, aumentaremos nuestras penas, y la vida religiosa, tan meritoria y tan envidiable de suyo, se nos hará pesada é

(1) Psal. IX, 9; Psal. LXXIV, 3; Sophon., I, 12.

(2) Psal. CII, 12; Isai., XLIII, 25; Ezech., XVIII, 22.

(3) Joann., VI, 64; Joann., VI, 69.

(4) Psal. CXVIII, 105.

(5) Psal. XCIII, 12.

(6) Psal. LXXXV, 5; Matth., XI, 29.

(7) Matth., XII, 20.

(8) Matth., VII, 7; Marc., XI, 24; Luc., XI, 9; Joann., XVI, 23.

(9) Isai., XXI, 12; Matth., VII, 8; Luc., XI, 9.

insoportable, porque Dios nos retirará sus consuelos y sus gracias especiales. Pero ¿es posible, hermanas mías, que después de haber sacrificado lo más costoso para asegurar la salvación de nuestra alma, es posible que la expongamos á perecer eternamente, por no hacernos un poco de violencia?... Cuando Naamán Siro, despreciando el remedio que le indicaba el profeta Eliseo para sanar de su lepra—que era bañarse siete veces en las aguas del Jordán,—se retiraba desilusionado creyendo inocente y vulgar la medicina, los que le acompañaban lograron disuadirle diciéndole: «Señor, si el »hombre de Dios os hubiera mandado cosas muy difíciles, »sin duda le habríais obedecido; habéis abandonado vuestra »patria, vuestros dioses é intereses por venir á consultar al »profeta; os habéis expuesto á los peligros y fatigas de un »largo viaje; habéis padecido tantas molestias por recobrar »la salud perdida; y después de tantos trabajos y privaciones, »¿no queréis probar ahora un remedio tan fácil como el que »os indica este varón de Dios?» (1). Pues esto mismo digo á las almas que han caído en la tibieza. Habéis abandonado el siglo, rompiendo todos los lazos que á él os sujetaban; os habéis arrancado de los brazos y del corazón de vuestros queridos padres, para ofreceros á Dios en holocausto por los votos de Religión; en ella permanecéis sujetas á mil privaciones y sacrificios; y ahora que no se os pide más que simples purificaciones, por decirlo así; ahora que se os pide lo mismo que hacéis, sí, lo mismo en que os ocupáis, pero ejecutado con más fervor, con más fidelidad, con más viva fe, ¿podréis alegar excusa para no hacerlo? ¿No seréis dignas de lástima, si después de haber sacrificado á Dios lo que más codicia el corazón, os perdéis por quererle cercenar algunos sacrificios mucho menos costosos á la naturaleza?... Pero, ¿qué estoy

(1) IV. Reg., V, 11.

diciendo, hermanas mías? En la Religión, que es *Casa de Dios y puerta del cielo* (1), ¿puede hallar albergue la tibieza ni por un momento? En esta casa, santificada por la augusta presencia de Dios (2), *que es fuego que abrasa y consume* (3), ¿puede concebirse que viva en la tibieza ninguno de sus moradores?... Pues qué, ¿por ventura la caridad de Dios, el amor divino que constituye la felicidad de los ángeles y bienaventurados, ha perdido la virtud de atraer, unir, abrasar y consumir los corazones de los mortales que á Él se acercan y con Él moran?... (4). No, no ha perdido esa virtud ni la perderá nunca, porque Él mismo ha dicho que *vino á poner fuego en la tierra, y no desea otra cosa sino que arda en los corazones de sus hijos* (5).

Que arda, pues, en los nuestros, hermanas mías; que los purifique de todo afecto terreno; que ponga en ellos su trono y reine y gobierne como Soberano en todo nuestro sér. Que dirija nuestros pasos por el camino de su santa Ley (6), y al fin de la triste jornada de esta vida, nos conceda por su misericordia la recompensa prometida á sus fieles servidores, que consiste en la visión de su divinidad (7) en la gloria por siglos sempiternos.

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Matth., XVIII, 20.

(3) Deut., IV, 14; Hebræ., XII, 29.

(4) I. Corinth., XIII, 8.

(5) Luc., XII, 49.

(6) Psal. CXVIII, 35; Luc., I, 79.

(7) Psal. LXXXIII, 8; I. Corinth., XIII, 12; I. Joann., III, 2.

